

ros redondos. Aparte de los contingentes de traidores que se les unieron.

Obstinado Forey en vengar la derrota sufrida por Francia en Puebla, principió a cercar nuevamente la plaza el 16 de marzo de 1863. El sitio se prolongó por espacio de sesenta y dos largos días, durante los cuales multiplicáronse los actos de valor temerario y de heroísmo espartano entre los defensores, cuyo jefe supremo era el general zacatecano Jesús González Ortega. Pero al agotarse las últimas municiones de boca y de guerra, y después de destruir las armas aun utilizables, rindióse la plaza incondicionalmente. Así se desenlazó uno de los más gloriosos episodios de nuestra historia patria.

El 10 de junio los expedicionarios, sin disparar un solo tiro, entraron en la capital de la República, de donde el gobierno constitucional del licenciado Benito Juárez había salido el 31 de mayo; para continuar, en el éxodo, manteniendo enhiesta la bandera de la legalidad y de la integridad patria.

Designada una junta de notables, que no fué sino máscara con que se encubrió la dictadura que de hecho ejercían Forey y el intrigante y crapuloso ministro de Francia en México, Dubois de Saligny; nombróse una regencia y fué proclamada la monarquía como forma de gobierno escogida por el pueblo mexicano (!).

Una comisión de renegados se trasladó ex profeso a Miramar a ofrecer la corona al archiduque Maximiliano de Habsburgo; el cual la aceptó públicamente el 10 de abril de 1864; aunque ya de mucho tiempo atrás estaba comprometido con Napoleón III a empuñar el cetro.

El 28 del siguiente mes, atracó en aguas de Veracruz La Novara, el barco en que el príncipe y Carlota, su mujer, hicieron la travesía. El tantas veces heroico puerto, mostró una glacial indiferencia ante la aparición de los intrusos; al extremo que, herido su orgullo en lo más vivo, la archiduquesa derramó abrasadoras lágrimas de desesperación y de despecho, que no serían las únicas que habían de anegar en México sus ojos.

Los Monarquistas, clase improductiva y opresora

Autores de desventuras patrias — Obstinada imploración de apoyo extranjero — Valor y talento escasos — Saboreaban las humillaciones — Seres de raza inferior — Definición del traidor, hecha por un infidente — "Los traidores son villanos hasta con ellos mismos", exclama el general Díaz — Para el siervo el argumento contundente es el látigo — Calumnias de doble filo.

CAPITULO I

LOS MONARQUISTAS. CLASE IMPRODUCTIVA Y OPRESORA

"Vivimos en un siglo que tiende irremisiblemente a la abolición de toda clase de privilegios".

Dr. MORA.

APENAS hecha la declaración de que la Independencia Nacional había quedado consumada, no por desgracia sin la intervención directa de Agustín de Iturbide, aquel brutal perseguidor de insurgentes, padre de infidencias y de cuarteladas y astuto maestro de malversaciones y de venalidades, que defecionó de las filas realistas poseído del anhelo de convertirse en el árbitro omnipotente de los destinos de México, apareció, en lo que había sido Nueva España, el grupo de partidarios del régimen monárquico, que vió con malos ojos la emancipación y que, ora subterránea, ora descaradamente, según los vientos soplaban, intrigó por el establecimiento del trono.

No escarmentados con el fusilamiento de Iturbide, que pagó con la vida su locura de revestir el manto imperial, el partido conservador dióse al empeño de restaurar un gobierno monárquico en que el latifundismo esclavista, la aristocracia de trastienda, el ejército ávido, inconstante y truculento, y el clero concupiscente y usurario, recuperaran en toda su omnipotencia, fueros, privilegios y prebendas.

Cierto que, al rematarse la perniciosa componenda que dió por desaparecido el poder colonial, no habían sido muy hondas las lesiones inferidas a las clases favorecidas desde tiempo inmemorial; pero ninguna de ellas conformábase con la perspectiva de que el pueblo, una vez iniciado en la manumisión, pudiera continuar exigiendo la parte que le correspondía en el gobierno de un país que, a costa de los sacrificios y de la sangre de sus hijos, lograba quebrantar la pesada cadena de una dependencia tricentenaria y asfixiante.

AL PARTIDO CONSERVADOR DEBE LA PATRIA SUS MAS PENOSOS DOLORES

A ese grupo de recalcitrantes partidarios del poder absoluto, debe México las más dolorosas desventuras de su historia.

Aún concediendo que entre la funesta pandilla de monarquistas o intervencionistas —términos que, dentro de la política mexicana, siempre se confundieron—, por rarísima excepción hubiera individuos que de buena fe creyesen en que sólo con la autocracia era nuestra patria gobernable; no por ello dejan tampoco éstos de tener su parte de responsabilidad en las desdichas que sobre el suelo que les vió nacer, atraían.

Para librarse del dictado de proditorio asesino, es inútil que el homicida arguya que si mató alevosamente a un semejante, fué con objeto de suprimir una existencia perniciosa.

Y, como quiera que sea, quienes se afanaban en reimplantar un régimen monárquico, en su inmensa mayoría no obraban sino estimulados por bastardos intereses personales; por la bajeza de su condición moral; por su insaciable codicia de riquezas y de mal calificados honores. Mal calificados, sí; porque los honores obtenidos en premio de la traición, no vienen a ser, en suma, sino baldón de oprobio y de ignominia.

Incapaces de disfrutar una libertad de que eran indignos, prestos en todo instante a entregar la patria al extranjero y fascinados con la vaga esperanza de poder besar las plantas de un príncipe, acción en que parecían hallar un deleite inefable, como el que encuentra un cañ en lamer la mano que lo apalea; desplegaban una tenacidad que frisa en lo increíble.

Pero no cabe duda que hay individuos para quienes sostener la posición vertical, es una insoportable tortura.

DESDE 1840 GUTIERREZ DE ESTRADA HABIA IMPLORADO AYUDA DE EUROPA

Desde el año de 1840, José María Gutiérrez de Estrada había publicado un folleto, panegírico de la monarquía, tan ofensivo al decoro nacional, que no tuvo más remedio que ex-patriarse; pero en Europa continuó maquinando la restauración, por cuantos medios se le ofrecieron a su alcance. A contar de 1846, fueron más ostensibles las gestiones que en Inglaterra y en Austria desenrollaba para conseguir apoyo a la idea de la implantación del estado monárquico en México.

Ni el espectro sangriento del ajusticiado de Padilla, ni la forma unánime en que el sentimiento nacional se expresó cuando la tentativa hecha por España para volver a apoderarse de lo que había sido la más preciada joya de su imperio colonial desarmaban ni debilitaban la tenacidad de los monarquistas mexicanos. Los cuales, lo mismo desde la penumbra pestilente y sofocante de las sacristías, que desde las oropeles cortas europeas, continuaban urdiendo planes, firmes en el designio de ahogar las más legítimas aspiraciones de un pueblo, cuya marcha hacia la redención de sus derechos, tenía que ser arrolladora; pese a todas las penalidades, pese a todos los sacrificios, pese a todos los obstáculos.

Ya el licenciado Benito Juárez, desde que, como miembro del gabinete del general Alvarez, habíase ocupado en redactar la ley general sobre administración de justicia, con su penetrante perspicacia de vidente, escribía, en "Apuntes para mis hijos":

"... Triunfante la revolución, era preciso hacer efectivas las promesas, reformando las leyes que consagraban los abusos del poder despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad, la desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo en constante agitación el cuerpo social. No sólo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración pública debía ponerse la mano, porque la revolución era social..."